

José Rodríguez Plocia  
Ave, ciudadano

**Alianza** editorial



El XX Premio de Novela Fernando Quiñones está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Jorge Eduardo Benavides, Antonio Rodríguez Almodóvar, Concha Quirós, Lola Larumbe, Lluís Morral, Ernesto Pérez Zúñiga, Ana Cañellas, Pedro Rivera, Rafael Muñoz Zayas y Valeria Ciompi otorgó a *Ave, ciudadano* la mención especial del jurado del XX Premio de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Joaquín Hernández Conde *Kiki*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© José Rodríguez Plocia, 2019  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-448-1  
Depósito legal: M. 499-2019  
Printed in Spain

*A Abel, a Maite*



## Exordio

*No sé en qué momento metió el romano un perro en casa...  
(según él, el perro no le quitaba ojo a Nerón).*



# 1

*En la oscuridad se podía oír el llanto de las mujeres, el gemido de los niños y los gritos de los hombres. Algunos rogaban ayuda, otros deseaban la muerte... Entonces imaginaron que no quedaban dioses y el universo se sumió en una noche eterna.*

Pun, pun. Plinio el Joven, año setenta y nueve.

Vaya por Dios. Encendí la luz. El otoño, a la búsqueda del crudo solsticio, había estado robando claridad al patio interior, las cuadrículas de neón tras las ventanas parecían un escenario de Fritz Lang, y los discordes acordes de la banda sonora de sartenes, somieres y vocerío que orquestó el verano, aprisionados ahora tras los cristales, se diluían en apenas hilos de susurros en la penumbra, hilos engullidos por la opaca cuadrícula perpendicular del fondo del patio... Qué cosas. En fin, expresionismo aparte, que oscurece antes, y encendí la luz. Ignoro el otoño, el susurro, la penumbra... todo me es ajeno desde que le doy al *play* del DVD y empieza la película que haya alquilado: «Aviso legal. Esta grabación está protegida por la Ley. Los titulares del *copyright* sólo autorizan su distribución para uso doméstico y su exhibición en un reproductor que blablablá blablablá blablablá». Antes las veía, pero ahora las visiono, las estudio y memorizo los momentos antológicos, si los tienen. No me supone esfuerzo. No tiene mérito, el aviso legal no dice nada sobre cuántas veces puedo reproducirla, rentabilizo los alquileres, siempre hay una secuencia, un discurso, inteligente o no, que me llega, o un detalle

técnico que vale la pena anotar; por eso la veo varias veces y a cualquier hora, me da igual que el otoño esté robando luz en el expresionista patio interior o regalando crepúsculos impresionistas en la playa. Acabo de encender la luz y mirar hacia la ventana, de ahí la observación.

Bien, creo que procede presentarse. Me llamo Rasel, Rasel Crov. Por empatía, como puede imaginar. Visionaba el tercer pase de *Pompeya* cuando llegó a mis oídos un sonido que no procedía del patio, ni del televisor. No veía el mando del DVD, por eso encendí la luz. Al encontrarlo le di a la pausa en «año setenta y nueve». Aclarado esto, daré cuenta de lo poco prometedor que fue el primer encuentro que tuve con mis inquilinos.

*Pun, pun.* Llamaron a la puerta, entreabrí lo que me dejó la cadenita y a mis ojos aparecieron dos individuos: uno chino, bonita corbata, vestido al uso predicador mormón; y el otro neojipí, vestido al modo mamarracho. El chino hizo amago de abrir la Biblia que llevaba en la mano, pero fui más rápido y no le dio tiempo.

—Yo no vivo aquí —qué tontería. La excusa fue estúpida, no tuve capacidad de reacción, la precipitación hizo que no se me ocurriera un argumento decente—. Estoy de paso. He venido a robar... Eso es. Adiós. —Cerré. «Dios, los mormones», dije para mis adentros. Me estampé de espaldas contra la puerta. No hacía falta, estos hombres no fuerzan cerraduras, pero por mi cabeza merodeó la hora larga que me tuvieron en una ocasión plantado en el rellano. No guardo más memoria de aquello que el atolondramiento a que llegué, ni recuerdo si al final ellos se fueron o les eché... Sé que se hartaron de charlar y que no me moví, ni física ni mentalmente. Hasta que apareció un vecino. No tengo claro si bajaba o subía la escalera, pero por la cosa de que no pensara que me habían cogido por tonto, simulé que estaba en medio de un instruido debate y dije: «¿Y por qué no aceptan ustedes transfusiones de sangre?». Fue lo primero que



me pasó por la cabeza, y lo solté. Se miraron y se fueron. Educadamente, eso sí. Mi duda es si les eché..., no sé. Bah, los mormones son una tortura.

E insistentes. Regresaba a sentarme en mi sofá cama de escay rojo cuando volvieron a llamar. Mentiría si dijera que no me picaba la curiosidad, era la primera vez que veía un mormón acompañado por un adoctrinado y no por su pareja espiritual. Volví sobre la punta de los pies hacia la puerta, despacio, y espí por la mirilla. No veía nada: ¿a qué barnicé indiscriminadamente madera y mirilla? Mierda de chapuza. Me maldije. Pero me disculpé, no veía por la mirilla. Mierda de mirilla. Me aguanté la curiosidad. Me mordí, sin apretar, el labio. No abrí.

—Scusi, signore... Signore —alzó la voz uno de ellos—, siamo Giovanni Giuseppe e Marc Anthony. Ci invia il tuo bambino. Siamo studenti... studenti erasmus. —Y encima hablando en sabe Dios qué. Sigiloso pegué la oreja a la puerta, por si los oía marcharse—. ¡Erasmus! —me gritó en el oído. Reaccioné con la disparatada intención de encontrar su tímpano.

—¡¿El qué?! —vociferé contra la puerta.

—¡Erasmus!

Erasmus, vaya... No sé si acerté, pero ya no iba a dar más gritos. La puerta es endeble, me pareció que llegó a moverse. Además, lo de erasmus me trajo al recuerdo la conversación de cerveza y sofá que había tenido con mi chiquillo días atrás: «Venga, papá —me dijo—, arriba el ánimo, verás como todo te va a ir bien». El clásico tipo de frases a que se suele recurrir: ánimo; esto no es el fin del mundo; tienes que salir; dale tiempo al tiempo; ya verás que lo superas... Finalizó la retahíla dándome un manotazo en el muslo para consolarme en mi aflicción. «¡Mira! —añadió como si se le hubiese encendido una bombilla—, vamos a solucionar lo económico, ¿sabes qué?, te voy a buscar unos erasmus, ¿te parece?» «Claro que me parece», dije.

Debía de estar con la mirada perdida. No tenía ojos ni para el botellín de cerveza, me lo empujé por el lateral de la boca y me puse perdido. «Me parece, me parece», repetí mientras me restregaba la bañada chaquetilla del chándal. Lo que fuera que hubiese querido decirme con aquellas palabras se lo agradecí. ¿Por qué no me iba a parecer? Estaba completamente ido. Aproveché que manoseaba el mojado chándal y le correspondí devolviéndole el manotazo que me dio, colega, como si con ese gesto, aparte de secarme la mano, compartiera sabe Dios qué complicidad: «Claro que me parece». Así que podían no ser mormones.

—¿Erasmus... de Róterdam?

—No, io sono di Roma e il mio compagno di Dublino. Apra la porta, per favore. —Qué desazón.

—No le oigo bien. Y aunque le oyera, no le entiendo. Y aunque le entendiera... —¿y si el «claro que me parece» no tenía nada que ver con estos?: la pinta del chino era de mormón mormón—. Y aunque le entendiera —repetí subiendo un tono—, soy ateo... y a mucha honra.

La coletilla me la inventé para que desistieran, pero no fue el caso.

—Yo-tam-bi-én-so-y-a-te-o —silabeó autómatamente y superando mi tono el otro—, a-bra-por-fa-vor-nos-man-da-su-hi-jo. —Vaya, debieron haber empezado por ahí. Descorrí la cadenita y abrí. La Biblia del chino resultó no ser tal Biblia, sino una bonita libreta de pastas negras. La tenía abierta, y mientras repetía «su-hi-jo», metió la libreta en mi cara. Era la letra de mi niño: «Papá, estos son los erasmos que te dije. Les vamos a cobrar doscientos euros, por cabeza. Del cobro me encargo yo». Después bajó la libreta lentamente y pude observar como el presunto mormón, e inequívoco chino, me observaba a mí. Yo iba togado, pero no como Dios manda, mi toga pretexta se había manchado con el tomate de los macarrones y la tenía en la lavadora, en el programa de

ropa delicada, por la púrpura. Me había apañado una sábana, aparente, pero sábana. Quizás llevara a confusión.

—También tengo un chándal —le conté por sacarlo del ensimismamiento—, y no es porque haga deporte en el piso, pero si echan un partido de fútbol en la tele, me lo pongo, me ambiente —por cómo me miraba, vi que no se enteraba. Opté por el lenguaje gestual y le pegué una patada al aire—, ¡goooo!, lo vivo más. Ahora estaba viendo *Pompeya*... —su cara delataba que no cogía la idea. Bah, consciente de que no me seguía, seguí—. En una ocasión me vestí como va usted ahora, es más, llevaba chaqueta. No me trae buenos recuerdos, dije «sí, quiero», y debí decir «ni borracho». En fin, no le voy a contar mi vida, usted no me entiende..., ni la entendería. ¿Es usted romano?

—Io, io —se apresuró a decir el mamarracho emergiendo con cara de felicidad de detrás del chino, como si ser romano tuviera premio—, io sono romano.

—¿Y el chino?

—Di Dublino.

—Ah...

—Dublinés —me aclaró el chino de forma adusta, puede que dudando que yo supiera situar Dublino en el mapa, o quizás incomodado porque le preguntara si él era romano, o por la satisfacción del romano por ser romano, o porque yo, sin ser romano, me ambientara como tal para ver una película de romanos.

—Ah... —volví a entonar.

Al mes de estar en casa el chino hablaba el castellano correctamente, mejor que yo desde luego. El italiano, a su manera, progresaba; sobre todo los conceptos menos académicos los dominaba con soltura: cabrón, sieso, mierda, hijoputa... A propósito de esta expresión, mi hijo había pactado con los guiris cobrarles doscientos cincuenta euros por el alquiler, no los doscientos que escribió en la libreta, por eso se echó el trabajo de cobrar,

aunque tan malsonante título no es por la comisión que pretendió beneficiarse, no, ese título lo hereda de su madre, me la pegó con un charcutero del mercado y... No debo hablar de eso. Eso me han aconsejado. No hablar de ese asunto. Por los nervios. No voy a hablar de eso.

Al mes de estar en casa, el chino, además de dominar el idioma a la perfección, había captado la psicología del medio con una claridad soberbia. Como consecuencia de esa lucidez le dio una especie de ataque de filantropía, e implicó al romano en él.

—Usted gime mucho, Rasel —me dijo, emotivo, me pareció—, nosotros también querríamos gemir, y a usted le vendrían bien cien euros más.

Emotivo, si no más. Aquella mezcla de atención, caballerosidad y generosidad me llegó muy dentro. Bien es verdad que aquella mezcla de atención, caballerosidad y generosidad que a mí tanto me llegó alejó a mi chiquillo de su comisión... Es curioso lo insignificante de nuestras envanecidas trincheras culturales: el chino actuó como un natural; y el natural, mi chiquillo, se sintió engañado como un chino. Por supuesto que no entré en el pormenor de cómo rescindieron el contrato, pero en el desenfado de tomarnos unas cervezas en *La Nueva* me refirieron que la negociación se llevó en italiano.

—¿En italiano?, mi hijo no habla italiano.

—Vero —el romano juntó los dedos de la mano y, al tiempo que punzaba el aire con ellos, calcó la voz rota de don Vito—: non parla, ma capisce.

—Eso acojona —refirió Marc Anthony.

—Signature, signature —decía Giovanni Giuseppe gustándose de Corleone.

—¿Dónde?, ¿dónde está firmado? —me traducían el chino.

—Signature —repetía el romano haciendo lo de los deditos.

—Y aunque lo estuviera —volvía a traducir el chino.

Giovanni Giuseppe dejó de mover la mano para coger el vaso de cerveza y rematar enfático con una máxima de sus ancestros.

—Roma non paga i traditori. —El chino pensó que aquellas palabras no necesitaban traducción. Y no la hizo. A mí en cambio me sumieron en la más profunda de las dudas, a tal punto que planteé un silencio recurrente. Un sinsentido. Yo mismo lo rompí:

—Pon otras tres cañas —le pedí al camarero por salir del paso.

Cierto es que habíamos finiquitado el trato, llamémosle, de los mormones, pero estaba perdido en cuanto a cómo formalizar aquella mezcla de atención, caballerosidad y generosidad de la que sólo entendía «a usted le vendrían bien cien euros». El camarero trajo las tres cañas que pedí por salir del paso y de paso salí de la duda: Marc Anthony simplificó el auténtico, genuino y único interés del nuevo contrato.

—Gemir —dijo escueto.

Negociamos. Hubo un tira y afloja. Pidió otras tres cervezas. Y otras tres. Demasiadas cervezas, tuve que ir a aflojar a requerimiento de mi vejiga.

—Voy a aflojar.

Fuí al servicio, y a la vuelta me puso en una mano la caña espumosa y en la otra un «bic», churreto, por cierto. Puede que malinterpretara mi aflojar... O no. Yo estaba de cerveza hasta las cejas y tampoco lo aclaré. Ahí quedó rubricado el contrato, en una servilleta de *La Nueva*, con las cañas por testigo.

—Y ponga unos calamares —pidió generoso el chino—, a la romana.

—¡Marchando una de calamares romana! —se oyó de fondo.

«Io, Giovanni Giuseppe Pettenghi, romano, ho accettato il pagamento di 250 euro, per occupare una o due volte alla settimana la camera matrimoniale.

»Yo, Marc Anthony Bloom, dublinés, accedo al pago de 200 euros, más 50 euros extra, por ocupar una o dos veces por semana el dormitorio de Rasel.

»Yo, Rasel Crov, gaditano, arrendador de Giovanni Giuseppe Pettenghi, romano, y Marc Anthony Bloom, chino dublinés, accedo a que ocupen una o dos veces por semana el dormitorio principal los arrendatarios mencionados.»

Los preceptivos garabatos dejaron unas cuantas huellas de aceite de los calamares en el documento, le daban transparencia (paradójico esto). A la pringosa nitidez y los garabatos se añadieron algunas salpicaduras con ADN de cebada, así quedó sellado, a la voz de un unánime salud. ¡Salud!

—I força al canut —añadió el chino.

Con esa coletilla volvió mi cuñado de la mili. La de pajas que se haría... En un permiso encargó al que sería mi sobrino.

—Eso no es dublinés —dije queriendo decir que sabía de lo que hablaba—, eso es catalán.

Giovanni Giuseppe, al que el acopio de cerveza, aun complicándole su ya confundida capacidad verbal, le aligera el discurrir, vio conveniente desviar la cuestión del *canut* en aquel preciso, y feliz, momento.

—¿Catalano...? questo cinese sabe latín.

—¿Qué dice? —le pregunté al chino.

—Que el chino sabe latín —me aclaró el chino—. Esa expresión no es romana, la ha oído aquí.

—Sí... —expresé.

Qué decir, fui un poco simple, o un mucho. No entendí la letra pequeña, o no quise entenderla. No tenía demasiada lógica que me acompañaran en el sentimiento y encima me pagaran.

—Tú eres muy bueno con los idiomas, traduce gemir —le pedí a los pocos días a Marc Anthony.

—Gggg, gggg, gggg. —Gutural. No sé. Lo dejé ahí, simple era un término adecuado, podía ser peor. Acepté tácitamente el papel de cooperador necesario y le di valor a los cien euros extra.

Fue perder el tiempo, pero también le pregunté a Giovanni Giuseppe.

—Defíneme gemir.

—¿Gggg, gggg, gggg?

Más de una vez he estado «a esto» de romper el contrato.

Consideración. Siendo aún novios, la zorra y yo solicitamos al ayuntamiento un pisito social. No sé si pecamos de prudentes, pero eso fue exactamente lo que conseguimos, un pisito social. Debía de tenerlo todo planeado cuando, hace dos años, por comprar un coche, lo rehipotecamos (cómo me la pegó), y todavía estoy pagando el pisito social (cómo me la pegó). Y la zorra se ha quedado el coche (cómo me la pegó). Menos mal que sólo tuvimos un chiquillo (y es clavado a mí). Pero bien, a lo que voy es que se le antojó un monovolumen, como si fuera a follar mucho y tener muchos niños, no sé, bueno, lo primero no quiero saberlo, lo de los niños le coge lejos, tiene el que tuvimos (menos mal, ya digo). Hay calles en la ciudad por las que no cabe el monovolumen: turbodiésel, cuatro cilindros, cambio automático, sensor de ayuda para aparcar, luces que se activan al oscurecer, sistema de alerta por cansancio... «Mujer, ¿cómo te vas a cansar?», le dije. «A base de polvos, gilipollas», me contesté a mí mismo cuando se largó. El monovolumen tenía todos los extras, no le faltaba un detalle; qué decir del pisito social... Se desvencijó el sofá, así que, si quito el sofá cama de escay rojo que me dio mi cuñado (estaba mejor que el mío y lo iba a tirar), tiene el mismo equipamiento que estrenamos hace... demasiados años: cama del dormitorio pequeño, catre del dormitorio mínimo, mesa, tres sillas (la cuarta se rompió y dejó espacio), sillón, aparador, mueble-bar, el armarito con espejo del cuarto de

baño y la lámpara de araña del dormitorio. En fin, antes del celebrado y garabateado pacto, me daba exactamente igual quién durmiera en el sofá cama de escay rojo del salón. Ahora el habitante más asiduo del sofá cama de escay rojo soy yo, y cada noche que estoy en él me asaltan todas las dudas acerca del acierto del acuerdo de *La Nueva*.

No puedo negar que hemos ganado en diversidad de gemidos (fue la falaz excusa que nos llevó a él); chavala nueva, gemido nuevo. Además, contrastan con la invariabilidad y monotonía del mío, y esto... esto hace que una y otra vez saque la balanza, y sopesese.

A favor:

Uno. Cien euros.

Dos. Cambio de ambiente, había noches que se me hacía insostenible la soledad; ahora también, pero en el sofá cama de escay rojo veo la televisión casi toda la noche (esto mitiga los gemidos propios, insufribles, y los ajenos que decía, más espontáneos; si bien van acompañándose con un tono cada vez más alto, y más, y más...; terminan siendo más insufribles que los míos. Subo el volumen de la tele y sigo sopesando).

Tres. Vistas de las que carecía antes el pisito cuando alguna de las pibas pasa al baño sin traje de baño.

En contra:

Uno. El sofá cama de escay rojo que me dio mi cuñado cuando compró uno nuevo. («Te llevas una joya», me dijo. Algunos muelles de la joya, los que se sitúan a la altura de la rabadilla, están sueltos.)

Dos. He oído vecinos siseando a medianoche, incluso he escuchado alguna que otra voz insultante por el patio interior (estoy empezando a sospechar que pudiera ser por el volumen de la televisión).

Tres. Puede que eso me lleve a perder fama entre el vecindario; o a ganarla, de escandaloso.



Cuatro. Los programas de la televisión son igual de indignos que durante el día, con el agravante de nocturnidad.

Cinco. La cláusula del contrato que decía «una o dos noches» es un fraude, los dos aprovechan sus dos noches.

Otra consideración. Correctamente, vaya, académicamente gemir es... Bah; *gggg, gggg, gggg* no es una acepción válida. Lo curioso de todo esto es que puedo mandar el contrato a la papelera cuando me dé la gana, yo no me llamo Rasel Crov, y ellos lo saben. Es... como dejarse llevar, eso es.

—¿Sabes por qué me llamo Rasel Crov? —le pregunté a Giovanni Giuseppe mientras asesinaban a Julio César.

—¿Por la depre?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Será porque me lo has detto... —empezó a contarse los dedos de una mano, pasó a la otra, volvió a la anterior pero ya no siguió contando, me miró— molte veces?

¿Tantas? Sí que debo de ser machacón. La guarra de mi ex decía que era un pelma. Igual no han sido molte, sino más. Pero me disculpo, estoy muy tocado aquí (vaya, se me está poniendo el pecho fofo), aquí, en lo emocional. Ahora precisamente que la ansiedad me sale por las cejas no va a ser cuando me desaparezca la condición de pelma... A veces ni yo me soporto con tanta sensibilidad. Me gustaría tener fuerzas para dejar de llamarme Rasel. Me encantaría ser tan odioso, tan infame, tan perverso como Nerón, pero tengo un raro rollo de sinceridad conmigo mismo y, aunque me llamara Píter, Píter Ustinov, por *Quo Vadis*, cuando me acordara de mi ex e ironizara con el vaso de lágrimas, es posible que el sarcasmo se volviese contra mí y llenara más de un vaso... *Gladiator* me tiene cogido con su sensiblería. La que más. Será por eso por lo que gimoteo tanto. Estoy enganchado. No al gimoteo. Bueno, sí, al gimoteo también; me explico, estoy enganchado a las pelis de romanos, y *Gladiator*...

*Gladiator* pone mi capacidad de masoquismo en valor. Como ninguna otra.

—Mierda de sentimentalismo. —El ensimismamiento se escapó de mi boca, sin apenas tono.

—Che cosa.

—¿Eh?, nada. ¿Te he dicho por qué me llamo Rasel Crow?  
—Giovanni Giuseppe ni me miró, tenía su atención en el agónico Julio César.

*Se me echaba la hora encima y no encontraba mi mochila, así que cogí la del campamento del niño, de la abeja Maya. Metí dentro el bocadillo y salí pitando. Estudia mucho, y no te pelees con los chiquillos, me dijo el cabroncete del bajo que salía en ese momento.*

Todo empezó una mañana. Fresquita. La empresa para la que trabajaba estaba desmantelando una antigua industria, Fundiciones Vigorito. Días atrás había dado la noticia el *Diario*:

«REDACCIÓN. La excavación arqueológica y los estudios paramentales realizados durante los trabajos de rehabilitación del Hospital de la Misericordia han aportado la información necesaria para desvelar una de las incógnitas sobre la evolución de la ciudad: el trazado de la fortaleza medieval de la villa. A falta de acometer actuaciones en la vieja fundición contigua a la Casa de Maternidad, las intervenciones en el solar de la calle San Juan de Dios han aportado datos de gran interés para el estudio de la muralla del castillo que mandara construir Alfonso X. En él estuvo preso Colón, se instituyó la Escuela de Guardiamarinas, blablablá blablablá blablablá».

Entre dos edificios píos, el Hospital de la Misericordia al norte y la Casa de Maternidad al sur, había un paño de muralla del Medioevo y un arco romano que adecuaron como puerta de tierra del castillo. Por benefactores los edificios y por vetustos

arco y paño, eran intocables, por lo que había que escarbar en la vieja fundición, completamente al sur y mirando la mar abierta. Se antojaba ideal para seguir enterrando los duros que quedaban para desenterrar, y los más, incluso los menos eruditos, daban por sentado que la torre del homenaje que cerrara el castillo frente al acantilado estaba allí. Estuvo allí, vaya, de encontrar algo encontrarían el ridículo murete de piedra al que se atribuye un valor de joya arqueológica que te cagas y da para iniciar el socorrido expediente administrativo: «Entretenimiento de unos cuantos estudiosos con babi blanco quitando polvo con una brocha».

La resolución del expediente suele coincidir con el desmoche de la brocha, pero antes tocaba la obra menor: la búsqueda del murete. El capataz, cuando abrió el furgón de las herramientas, llamó nuestra atención con dos sonoras palmadas, y aun no siendo hora de guasa no pudo evitar decir con tono grave: «Caballeros, vamos a escribir la historia, coja cada uno su pluma». A media mañana, desanclando un oxidado horno de reverbero con el martillo neumático, de pronto, como el que entra a matar en la arena, penetré con el martillo en un hueco y la secuencia *popopo* se vio interrumpida por un *clof*: *popopoclof*.

El hueco era del tamaño de un melón grande. O más. De él salía un destello. Paré. Con el antebrazo limpié el sudor de mi frente y fijé la vista, cuando el polverío se despejó vi que provenía de un cofre, un cofre de latón, alargado, no muy grande. Estaba intacto, la suerte quiso que pinchara en el extremo de la amelonada burbuja de aire y tan siquiera lo había rozado el martillo. Miré que nadie me viese y lo oculté rápidamente en la zamarra; me la quité, hice como que tenía calor y envolví en ella el cofre. Después hice como que tenía hambre, saqué el bocadillo de la mochila y metí la chamarra con el cofre en su interior; tenía la duda con que siempre me jode la mala conciencia, pero la faena había sido rápida y discreta. Después hice como que te

nía retortijones, había visto en UHF un documental del método Stanislavski, me metí en situación y me doblé como un cáncamo.

—Ufffff, no puedo más —le dije al capataz—, la barriga..., me voy a acercar un momentito a casa, que vivo aquí cerca.

—Anda, ve —me dijo—, que se te está cambiando el color.

Lo del color es porque no sé mentir, me pongo blanco. Cogí la mochila de la sonriente abeja Maya y salí corriendo, retorciéndome y contrayendo el ceño, igual hasta descompensado. Sabe Dios qué parecería de aquella guisa, me alteraban por igual la farsa y la impaciencia. No sé qué esperaba encontrar. El santo grial. Por lo menos.

Un chasco. Con eso me encontré. No había tesoro. El cofre tenía dentro un rollo, como una bobina de papel, amarillento, polvoriento, asqueroso. Lo devolví al cofre, lo envolví en una bolsa de plástico de *Supertiraodeprecio* y le busqué un escondite de urgencia en la estantería, detrás de la Espasa; ya vería qué hacía con él. Volví al tajo. Desencantado. El desencanto fue en aumento con el tembleque del martillo neumático: sus sacudidas me tumbaron todas y cada una de las falsas expectativas con que había especulado, no me quedó en la cabeza ni un resquicio de fantasía, la temblorosa realidad de la secuencia *popopopo* se había adueñado de ella. El santo grial... En fin, al menos logré que el tiempo se me fuera sin medida hasta que, acabando la mañana, aparecieron por la obra unos tipos trajeados con los típicos cascos immaculados. Los esperaba el jefe.

—Dejad todo —nos chilló—, fumaos un cigarro.

—Yo no fumo —dije. No sé por qué lo dije. No obstante no obtuve respuesta, el jefe y los trajeados empezaron a hablar, a señalar, a mirar, incluso, donde el *clof*. Por el ventanuco de la oficina vi que llamaban por teléfono y llegaron más tipos trajeados con cascos impolutos: estaban como nerviosos, y me estaban poniendo nervioso a mí. Al rato el jefe llamó al capataz y lo metió en el grupo de trajeados. Su casco desentonaba. Nueva-